

Se quiebra el sueño de la integración europea

Columnista invitado. Las elecciones del último domingo muestran el rechazo a políticas que atienden sólo al mercado y no a las expectativas de futuro de la gente.

01.06.2014

Por Ricardo Lagos. Ex presidente de Chile.

Nadie pensó, después de las dos guerras mundiales, que Europa aprendería a hacer la paz. Pero tampoco nadie pensó que en 2014 veríamos a **Europa ante una crisis de identidad tan profunda.**

Lo que ellos hicieron fue grande. Sobre la base de la experiencia de sus conflictos previos, empezaron el **lento caminar hacia la integración** a partir de la Comunidad del Carbón y del Acero, un acuerdo asentado en aquellos lugares donde, precisamente, se habían iniciado las grandes confrontaciones. Avanzaron con entusiasmo buscando **construir lo que para muchos era el Estado del Bienestar** o, para otros, **la consagración normal de un mínimo civilizatorio para ir integrándose y a la vez ir aprendiendo mutuamente a tener sociedades más cohesionadas e inclusivas.** Fueron capaces de desarrollar, independiente de las ideologías en boga, un cierto sentido de **país-continente.** Y el mejor ejemplo de ese espíritu fue instalar el Parlamento Europeo en Estrasburgo, ciudad símbolo de las disputas entre Francia y Alemania. Por eso Europa nos parecía un proyecto inspirador cuando hablábamos de integración en América Latina.

Paradojas de la política: ha sido una elección de representantes al Parlamento Europeo lo que ha provocado la gran crisis.

Tras las elecciones del domingo último emergen las preguntas y se acrecientan las incertidumbres. El sentimiento del “ser europeo” parece resquebrajado y la unidad de Europa está en entredicho. ¿Serán capaces sus dirigentes de enfrentar las tareas para conectar con el alma más profunda de Europa?

Puede decirse que todo comenzó con el estallido de la crisis del 2008 en Estados Unidos. En parte sí, porque se pensó que aquello no afectaría mayormente el devenir europeo, pero cuando el impacto alcanzó características de terremoto **se descubrió que las instituciones propias eran débiles:** un Banco Central Europeo de poderes muy limitados, sin autorización suficiente para emitir o para ir en auxilio de

aquel sistema financiero nacional en problemas. Algo muy distinto de la Reserva Federal de Estados Unidos y sus poderes de emisión.

Por eso, **la crisis de Grecia, que es menos del 3% del producto total de Europa, puso en jaque la construcción de todo el edificio levantado con tantos sueños.**

En medio de políticas parciales, lentas y poco efectivas surgió la palabra **austeridad**. Los líderes –de una u otra forma– señalaron que era necesario apretarse el cinturón, reducir presupuestos, servicios, rebajar pensiones, eliminar puestos de trabajo en el sector público. La ciudadanía asistía atónita ante una crisis que no había desencadenado. Pasaron a ser víctimas de aquellas medidas que los gobernantes – aunque dijeran que eran dolorosas– aplicaron con energía. Con ellas empezó la **destrucción del armazón social de Europa**, aquel que daba legitimidad a los ciudadanos, quienes de pronto se encontraron pagando el saldo final de la “dictadura de los mercados”. Más de una vez se escucharon frases como ésta: “Tomar ciertas medidas no es posible porque los mercados no las van a entender.” Cabía preguntarse: **¿Y la política para qué sirve si mandan los mercados?**

Todo ello trajo un clamor desde lo más profundo. Una sensación de que **las élites políticas o sociales (también empresariales) vivían en un mundo distinto al del ciudadano**, al de la mujer y el hombre que tienen que trabajar cotidianamente. La promesa de una integración social creciente a partir de un crecimiento en beneficio de todos, con políticas públicas y sociales tan fuertes en el Tratado de Maastricht, comenzó su retirada.

Por eso la ciudadanía protestó y lo sigue haciendo. Lo que al comienzo se inició como expresión de grupos radicales antieuropeos denunciando a una burocracia de Bruselas que no escucha a la calle, pasó a tomar un **carácter nacionalista**: ¿por qué la integración nos obliga a aceptar las decisiones de burócratas que no elegimos, pero cuyas decisiones nos agobian?

Y llegamos a lo ocurrido el domingo pasado. La paradoja del **avance de grupos radicalizados anti-europeos** expresándose con fuerza en una jornada llamada a elegir los miembros del Parlamento Europeo. Lo ocurrido en Francia, Holanda, Inglaterra, Austria, en donde los grupos de extrema derecha de Europa son los que se fortalecen, es la contracara de lo registrado en Grecia, donde se imponen las corrientes anti-Europa desde la izquierda dura.

¿Qué tragedia la de esta elección en donde las dos más grandes coaliciones, la demócratacristiana y la socialdemócrata juntas apenas logran el 55%, el mínimo para

hacer un gobierno de coalición! De los 750 diputados del Parlamento Europeo se requieren 376 para formar gobierno y esta cantidad de parlamentarios en la gran coalición reuniría 380 o un poco más.

¡Qué ironía! Aquellos que se disputaban la conducción de Europa para salir de la crisis ahora probablemente convergerán para poder enfrentar, no ya la salida de Europa de la crisis, sino la reconquista de la legitimidad de su ciudadanía que les ha dado un voto de castigo. Por una parte, **con una elevada abstención** y, por otra, **apartándose de los partidos tradicionales** porque los ven sin mayores diferencias entre ellos.

¿Y si la gran coalición fracasa? El panorama será muy oscuro porque al frente lo que hay es un conjunto de partidos disímiles: unos buscando, simplemente, **la destrucción de Europa en tanto gran proyecto de integración;** otros **levantando las banderas de sus nacionalismos autonómicos** dentro de sus respectivos países.

Por ello lo ocurrido obliga a una meditación profunda. Las grandes corrientes deben coincidir en esa actitud y valorar la nueva oportunidad que aún les ofrece la historia.

Deben saber terminar con la influencia de quienes han hecho de la política un ejercicio intramuros, sin escuchar a la ciudadanía. Demostrar que, ante una crisis de esta magnitud, saben tomar **medidas audaces, rápidas, pero conectadas con la ansiedad de la gente por vivir con perspectivas de futuro.** En definitiva, demostrar que la política es la que ordena los mercados y no a la inversa.